



CRÍTICA DE LIBROS:

Catherine Withol de Wenden (2010):

La Question Migratoire au XXI siècle. Migrants, Réfugiés et Relations Internacionales

Paris : Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, ISBN. 978-2-7246-1181-6, 264 pp.

Gloria Inés Ospina¹

UNISCI

El libro es el resultado de una serie de conocimientos que se intercambiaron en el seminario sobre *Migraciones y relaciones internacionales*, llevadas a cabo por el CERI, como programa transversal desde el año 2005 y en el que participaron sesenta conferenciantes de veintinueve países.

En el libro se plantea la pregunta siguiente: si las migraciones internacionales se han convertido en el centro de la escena mundial, ¿qué se sabe de sus repercusiones y consecuencias en las relaciones internacionales?

Después de hacer una evaluación de las distintas oleadas de migraciones que se han venido sucediendo desde 1880 a nuestros días, la autora hace hincapié en la intensa actividad internacional que las migraciones producen, como los tratados, los acuerdos, los pactos, porque en sí mismas, las migraciones son una fuente de conflictos en un mundo cada vez más interdependiente.

Señala la contradicción entre informes como el de Naciones Unidas para el desarrollo del año 2009, en el que se indica que la movilidad es un factor esencial de desarrollo humano, mientras que los flujos migratorios son, a menudo, severamente controlados, con lo cual dos tercios de la población del planeta no tienen derecho de circular libremente.

Destaca también el reparto desigual de estas migraciones por el mundo donde 62 millones de emigrantes se mueven del Sur al Norte, 61 millones del Sur al Sur, 53 millones de Norte a Norte, 14 millones Norte-Sur y el resto lo constituyen las migraciones Este-Oeste y raramente Oeste-Este. A este respecto indica que en veinte años los factores de salida y de llegada se han ido complicando y han influido en la recomposición y en la trasgresión de las fronteras, gracias a las redes transnacionales de la diáspora, de los empresarios, familiares, culturales y redes mafiosas.

Con las migraciones el orden político interno de los países de acogida y el orden externo se entremezclan en cuestiones de seguridad y diplomacia, y afecta a la ciudadanía de

¹ Gloria Inés Ospina Sánchez es Historiadora y Geógrafa de la Población, Investigadora UNISCI, SECCIÓN Inmigración. Facultad de CC. Políticas. Dpto. de Relaciones Internacionales. Universidad Complutense de Madrid. Campus de Somosaguas. 28223 Madrid, España. E-mail: ginesos@hotmail.com



los países, que se interroga sobre la diversidad y la etnización de las sociedades de acogida. A su vez, los países de salida de las migraciones, ayer ausentes en la escena internacional comienzan a tener una diplomacia de las migraciones.

A medida que el fenómeno migratorio es más complejo aumentan las contradicciones. Los intereses son contrarios y dispersos, entre la multiplicidad de actores, como son las lógicas de los estados y de los mercados, conflictos de intereses entre opinión pública, control de fronteras, relaciones con los países de salida de los inmigrantes, defensa de los Derechos Humanos, necesidad de mano de obra, necesidad de gente joven para paliar el envejecimiento de las sociedades desarrolladas y salvaguardar el Estado-providencia, dificultad de vivir juntos, coste de políticas coercitivas y racionalización de beneficios de la movilidad. Con lo que se puede concluir que las migraciones como fenómeno político global hacen tambalear las categorías clásicas de análisis político.

La autora subraya que las migraciones internacionales minan notablemente los dos pilares del sistema internacional que son la soberanía del Estado y la ciudadanía de la nación. Se pone en tela de juicio la noción de frontera, que a escala de la UE se ejerce a distancia, mientras que a escala mundial se complica con modos de gestión diversos.

Las migraciones también cuestionan a la ciudadanía porque contribuye a disociar la ciudadanía de la nacionalidad, introduciendo nuevos valores que se van situando en el marco nacional y que corresponde a una práctica evolutiva, que modifica la definición de comunidad política, emergiendo nuevas categorías políticas fundadas sobre la etnicidad o lo religioso y proponiendo nuevas formas de movilización centradas sobre el derecho de tener derechos con los "sin papeles".

Todo esto, dice la autora, desafía los principios del sistema de estados nacido en Westfalia. Por tanto, cree que un espacio público mundial en torno a las migraciones está en vías de construirse, con una pluralidad de actores no estatales. La autora vislumbra un mundo donde emerge tímidamente el derecho a emigrar, que sostienen las convenciones internacionales relativas a los derechos humanos, las organizaciones no gubernamentales y las organizaciones cívicas. Mundo que no sabemos cómo se estructurará después de la crisis que estamos sufriendo

Otro de los puntos que desarrolla y defiende la autora es el multiculturalismo y la ciudadanía transnacional. No deja de tener buena intención en este enfoque y también una gran dosis de optimismo, cuando defiende que la movilidad como modo de vida, la intensidad de las relaciones transnacionales, imponen nuevas formas de ciudadanía transnacionales a los modelos clásicos de ciudadanía. Considera la autora, que el multiculturalismo puede ser visto como una aceptación de la inmigración, ayudando a modificar las mentalidades, pasando por la aceptación del otro. Considera que el multiculturalismo puede convertirse en portador de valores universales, tales como la no discriminación, el derecho de movilidad, la ciudadanía plural, el diálogo religioso y de culturas, acogida del extranjero y la convivencia común.

Enfoque válido pero idealista, porque la realidad nos ha ido demostrando en la UE que el multiculturalismo llevaba a las sociedades a vivir en "compartimentos estanco". Por tanto, la propuesta de la autora, en estos momentos ha sido cuestionada por países como Alemania, Holanda, Francia, Reino Unido, entre otros, por sus experiencias, especialmente con las segundas generaciones, que no se integran ni se sienten del país donde residen, con lo que el desarraigo y el resentimiento se fomentan en las generaciones más jóvenes de hijos de inmigrantes.